
Matutina para Adolescentes, Martes 13 de Julio de 2021

Descripción



No quiero ir a la Escuela Sabática

¿?El Señor dice: ¿?Mis ojos estÃn puestos en ti. Yo te darÃ© instrucciones, te darÃ© consejos, te enseÃ±arÃ© el camino que debes seguirâ? â?• (Sal. 32:8).

A mÃ me encantaba mi clase de Escuela SabÃtica, hasta que comenzÃ a ser aburrida. Con mi primera maestra, la clase era divertida, emocionante, dinÃmica y colorida. Ella hacÃa que la Escuela SabÃtica fuera lo mÃs esperado de la semana. Nos reÃamos, aprendÃamos y nos encantaba. AdemÃs, siempre se aseguraba de que supiÃramos que Dios nos ama y que no hay nada que podamos hacer para que eso cambie. En una ocasiÃn, nos dijo que a los niÃos no se les puede engaÃar, y por eso ella nunca intentaba hacerlo. Y es cierto: ella nunca nos mentÃa.

Un dÃa, llevÃ mi cÃmara fotogrÃfica a la clase y tomÃ fotos a mis compaÃeros con los ojos vendados, adivinando los objetos que colocaban en sus manos. La hija adolescente de la maestra trajo un pÃjaro que habÃa encontrado herido y que cuidÃ hasta que sanÃ, para que lo viÃramos y aprendiÃramos de Ãl. Pero como las cosas buenas no duran para siempre, aquella maestra dejÃ de darnos clase y, de repente, comenzÃ a no querer ir los sÃbados a la Escuela SabÃtica. Tuvimos varios maestros despuÃs, pero ninguno lograba conectar con la manera de pensar de los adolescentes.

Los nuevos maestros nos atragantaban de religiÃn y discutÃan temas teolÃgicos complicados que no tenÃan nada que ver con nuestras vidas. De repente, estando sentados en silencio, mirÃndonos las manos, deseando que no nos preguntaran nada (totalmente diferente a la otra maestra, con quien todos esperÃbamos ansiosos participar), el maestro seÃalaba con el dedo a cualquiera de nosotros, existiÃndonos que hablÃramos.

Finalmente me rebelÃ, e informÃ a mis padres que no volverÃ a la clase de Escuela SabÃtica. ComencÃ a quedarme en el vestÃbulo de la iglesia, escuchando mÃsica o leyendo. Dependiendo de cÃmo estuviera mi humor, en ocasiones me quedaba en el asiento trasero del automÃvil. Mis padres me permitieron hacerlo. No intentaron que entrara en razÃn ni convencerme, ni me dijeron que debÃa ir a la clase. Simplemente, confiaron en que yo tomara mis propias decisiones respecto a mi vida espiritual.

Unos meses despuÃs, un maestro de la clase se disculpÃ conmigo y me preguntÃ si considerarÃa volver. Lo hice, y me fue mejor. Poco despuÃs, pasÃ a otra clase y allÃ disfrutÃ de otra fantÃstica maestra de Escuela SabÃtica que nos querÃa y aceptaba tal y como Ãramos. Pero yo siempre agradecÃ a mis padres el haberme permitido formar mi propia fe.